

EL HOMBRE CATÁSTROFE

“La tristeza es un don del cielo, el pesimismo es una enfermedad del espíritu”

Amado Nervo

Raúl entró al bar y se sentó en la mesa de siempre, desde allí puede ver la plaza, como así también todo lo que sucede en la calle que desemboca en ella.

La característica esencial de Raúl es su pesimismo. Para él todo está mal. Todo absolutamente todo. No le gustan los días soleados porque el sol le produce en la piel un ardor tal que no lo deja dormir. No le gusta la lluvia porque no le gusta para nada andar mojado saltando charcos cuando sale a su trabajo. No le gusta el invierno porque tiene andar demasiado abrigado, le duelen los huesos y es candidato a enfermar, especialmente porque de chico sufrió de pulmonías, asma, neumonías, y de una tos que se fue cronificando. No le gusta el verano, porque nunca tiene plata para irse de vacaciones. Y tiene que quedarse en la ciudad a morir de calor. El otoño no le gusta porque la ciudad y su casa está hecha una mugre por tantas hojas caídas y desparramadas por ahí.

La primavera es la única estación que, más o menos, lo tranquiliza y le saca ese pesimismo tan arraigado; aunque por su asma a veces lo irrite un poco. En ese periodo, es como si descansara de su mal humor constante. Pero, a la vez, son los meses donde más se encuentra con su soledad, y eso lo vuelve desairado y deprimido.

Raúl tiene una manera de ver las cosas... todo lo ve mal o catastrófico. Ve catástrofes en todos lados. Porque es desconfiado al extremo y casi no tiene amigos. Solo algunos conocidos con los cuales suele cada tanto juntarse a tomar algún trago.

En su trabajo, como buen abogado, es estricto y estudioso. Dos características que hacen que sea siempre muy solicitado por ciertas empresas para que los defienda sobre todo cuando son juicios laborales.

Siempre busca argumentos para sostener su única verdad, incluso con argumentos ideológicos, que desde el sentido común podrían cuestionarse. Tiene como principio que: “todo aquel que hace juicio contra alguna gran empresa, es un hijo de puta y nunca está conforme con lo que le pagan.”

Llega a su estudio a las siete de la mañana. Se prepara un café y lee algunas noticias del diario. Muchas veces encuentra sus fuentes de trabajo en esas lecturas. A veces sale para tribunales para poder terminar temprano esos trámites que detesta hacer.

A media mañana se va al bar del centro, pide algo y mira simplemente por la ventana como un ente, sin buscar nada. Mira. La ciudad puede ser un caos, pero es su única manera de sentirse un poco tranquilo.

Luego trabaja hasta la dos o tres de la tarde y va almorzar por lo general también al mismo lugar. A veces avisa cuando va a media mañana o llama por teléfono, así le tienen la comida preparada. Lo que Raúl no sabe, es que cuando llama o avisa los empleados dicen: “ahí llamó el mala onda de Raúl, el abogado... pide que le tengan la comida preparada; mierda habría que prepararle alguna vez a este tipo...”.

Raúl de niño tuvo todos los problemas habidos y por haber. Tuvo paperas y se le bajaron a los testículos, cuando a todos se les va en tres días la hinchazón, él estuvo dos semanas en cama. Después tuvo hepatitis. Y todas las enfermedades broncoespasmódicas existentes en el universo.

A pesar de eso jugó muy bien al fútbol. A los catorce años se quebró la tibia y peroné en un accidente en la bicicleta, casi medio año entre muletas, yeso y rehabilitación. Y con ello, se le acabó el sueño de ser Maradona -y como decía “el Diego” cuando era niño- “su sueño de jugar y ganar un mundial”. Le gustaba mucho la natación, pero en invierno vivía enfermo por los golpes de frío que pasaba en la pileta climatizada a la que asistía.

Su vida familiar también fue un caos. Su padre era un economista que no estaba nunca en su casa, y según su madre... siempre andaba sospechado de todo... inclusive de infidelidad al extremo.

Su madre dedicada al hogar y a la iglesia. Dedicada a él y a sus dos hermanos mayores para que no les pase nunca nada... estén siempre limpios, con las mejores notas en la escuela, vayan a misa, y parezcan una familia ejemplar. Pero en el fondo Raúl sabe que su madre no fue feliz ni diez minutos en la vida y cuando piensa en eso, se pone muy mal. Su madre ya murió y nunca pudieron hablar de eso.

De su mamá tiene recuerdos más bonitos que de su papá. Ella siempre lo trató con dulzura y comprensión. Le habló con optimismo, le repetía que siempre hay maneras de sobrellevar todo lo que a uno le va pasando en la vida. Su padre por el contrario, siempre le decía que era un débil y que así no se llega a ningún lado, que se avanza más en los proyectos cuando se especula, y no se confía en nadie. Su padre repetía también casi como un slogan... “que confiar y querer demasiado es dar ventajas. Y un hombre no da ventajas nunca...”

Raúl ahora tiene cuarenta y cinco años bien llevados, siempre que se cuide del frío y que no coma nada pesado por su hígado destrozado debido a la hepatitis de la infancia. Anda bien vestido, bien peinado. Aún cuando se saca el traje al regresar de su estudio.

Cada vez que va al bar a tomar café trata de no leer nada, ni libros, ni el diario. Simplemente mira. Mira para todos lados. Es como si lo que lo rodeara fuera un gran

disparador de recuerdos, de ideas, de alegrías y de dolores. Aunque su rostro no se inmute. Los gestos son muy pocos. No es parco, pero tampoco sonrío demasiado.

Tuvo dos grandes amores en su vida, y ningún hijo.

A su primera mujer, Adriana, la conoció cuando eran estudiantes de derecho. Ella era hermosa. Grandes ojos color miel, y cabello castaño a los hombros. Nunca conoció una mujer con el rostro tan perfecto como el de ella. Muy enamorado, a los pocos meses se fueron a vivir juntos. No les fue bien. No se pudo adaptar a esa vida de noviazgo y pareja. Él se recibió y con el paso de los meses empezó a cuestionar porque ella no hacía lo mismo. Había amplias diferencias en sus economías y él no la pudo entender ni ayudar.

El día en que ella se recibió. Él estaba escondido en el bar de la universidad observándola. Nunca pudo tolerar no haber sido capaz de hacer más por ella. Es una culpa que todavía lo ronda.

Su segunda mujer, Georgina, había estudiado ciencias económicas, pero nunca se había recibido y trabajaba en una gran empresa de telefonía, cuando él la conoció. Hermosa ella también. Tenía ojos verdes como las hojas de la mejor flor de la primavera. Cabellos negros. Ella era una bendición para su vida, ella cuidaba de él. La quería mucho. Quizás no tanto como a Adriana. Sabía que no era el joven enamorado de la primera vez.

Ella era una voraz lectora. Le encantaba la literatura. Leía esencialmente novelas desde las más cholulas como las de Corín Tellado o Danielle Steel hasta las complejas en estilo como Marcel Proust o Ernesto Sábato.

A veces, Raúl se enojaba un poco, cuando llegaba a su casa y la veía a ella sentada en el sillón rojo ubicado frente a la estufa, leyendo como si nada existiera. Le decía que había otras cosas más importantes que la lectura, y a veces lo hacía de mala manera... además le recalaba que la lectura sirve para distraer a los bobos de las cosas más importante de la vida. Georgina, lo miraba de reojo y no le decía nada. Sólo se reía, como para omitir lo que decía Raúl.

Pero no fue eso lo que la cansó. Lo que la hartó es que fuera celoso, absolutamente celoso, generándole situaciones difíciles y escándalos que oscilaban la violencia pero nunca en cualquier lugar, siempre en su casa. Por supuesto nunca perdía la línea, nunca dejaba de presentarse como un tipo seguro no haciendo papelones públicos. A veces se ponía imban cable, le decía cada cosa en el oído, que inmediatamente convertía su rostro bonito en un mar de llanto y dolor.

Pero hoy, Raúl después de dejar su oficina, llegó a su casa y no había rastro de Georgina, solo una carta. Se había llevado todas sus cosas, todo lo que le pertenecía, hasta sus libros. Las cosas que habían comprado en común quedaron para Raúl, como prueba de que no quería saber más nada de él.

Raúl tomó la carta, en un primer momento no quiso leerla. Se fue a duchar. Dejó caer el agua y cerró los ojos recopilando las imágenes que tenía de ella. Se dio cuenta, aún la quería. Y la quería mucho. Ella ya no estaba. Que se fuera así, primero lo llenó de odio y diez minutos después de dolor. No quería estar tan encerrado, sintiéndose asfixiado agarró la carta y se fue al bar.

A los mozos del bar, les pareció raro que un viernes a las siete de la tarde Raúl anduviera por allí. Dado que era un lugar que no concurría mucha gente, y Raúl almorzaba allí y recién volvía al lunes siguiente.

Se sentó en la misma mesa para poder mirar hacia afuera. Sacó la carta con temor, descubrió lo mal que le había hecho. Georgina le recriminaba que no la había querido como ella a él. Le recriminó también que siempre había sido un tipo frío, terco, hosco y desconfiado. Pero no celoso, que en los dos últimos años se había puesto así y que era insoportable estar a su lado. Que se había convertido en un tipo malvado, con mala espina para con los otros y para con ella misma. Que últimamente le molestaba todo: si leía, si lloraba, si tenía ganas de salir, si no tenía ganas de salir, si no quería hacer tal o cual cosa.

Remarcaba todo lo que había cambiado con ella, que ya no le decía lo que le pasaba, lo que sentía, lo que le iba afectando. Que ya no tenían planes en conjunto. Que los grandes planes que tenían al principio se fueron diluyendo con el paso del tiempo, casi sin poder concretar ninguno. Que en esos cinco años que estuvieron juntos, la vida se les había ido escapando entre la rutina del trabajo en la empresa en la que ella estaba y el estudio jurídico de él.

En los últimos párrafos de la carta, Georgina, era aún más dura remarcándole que no la busque, que no quisiera saber de ella, porque a ella ya no le interesaba nada sobre él, que la maldad tiene sus límites, y que haberla golpeado era un límite para ella. Que dejaba la empresa en la que trabajaba para que no vaya a buscarla allí y que lo mejor que podía hacer por ella era que todo se terminara aquí.

Raúl, tomó el café de un sorbo, de sus ojos se desprendieron dos o tres lágrimas y guardó la carta en el bolsillo. Siguió mirando por la ventana como si nada hubiera pasado.

Con el tiempo, sentado siempre en este mismo bar, recuerda a su madre y recuerda a su padre.... Y se da cuenta de que se le parece tanto. Tanto. Es como si fuera su propio espejo. Ese espejo que refleja su infelicidad. A diferencia de su madre... siempre ella creía que se puede ser feliz aunque sea el último día de su vida. Raúl no. Todo lo ve oscuro. Todo.